

Legado inmigrante En el atlántico

El pueblo árabe

Una de las inmigraciones más fuertes a nuestro país provino de los pueblos árabes, y su presencia es más notoria en la Costa Caribe debido a que la mayor parte de ellos ingresó por la zona de Puerto Colombia. Muchos se establecieron en Barranquilla y en Cartagena, pues para la época, era muy compleja la movilización hacia el resto del país. Además, la cercanía del puerto significaba un panorama muy favorable para el comercio.

La primera oleada de estos árabes –sobre todo palestinos, sirios y libaneses- ocurrió entre 1880 y 1920. Eran personas que escapaban de las persecuciones del Imperio Turco-Otomano dominante. Pero también había quienes huían del servicio militar obligatorio, y otros que buscaban mejores oportunidades, pues tanto Siria como el Líbano estaban azotados por una fuerte crisis económica. Los primeros en llegar, según los registros de 1880, fueron los Marún, provenientes del Líbano; los Meluk y Rumié, de Siria; y los Muvdi, de Palestina.

La segunda oleada corresponde a quienes arribaron en el periodo de conflicto interno luego de la caída del Imperio Otomano en 1920, 1940; y la tercera, a quienes llegaron en el periodo comprendido entre la creación del Estado de Israel en territorios palestinos en 1948, hasta el fin de la guerra civil del Líbano en 1990.



Resulta curioso que los de la primera oleada fueron identificados como “turcos”, cuando en realidad, como ya se ha dicho, sus territorios estaban ocupados por el Imperio Turco-Otomano desde siglo XVI. Pero sus papeles de soporte eran turcos, y con ese gentilicio que detestaban, fueron identificados no solo en nuestro país, sino en toda Latinoamérica.

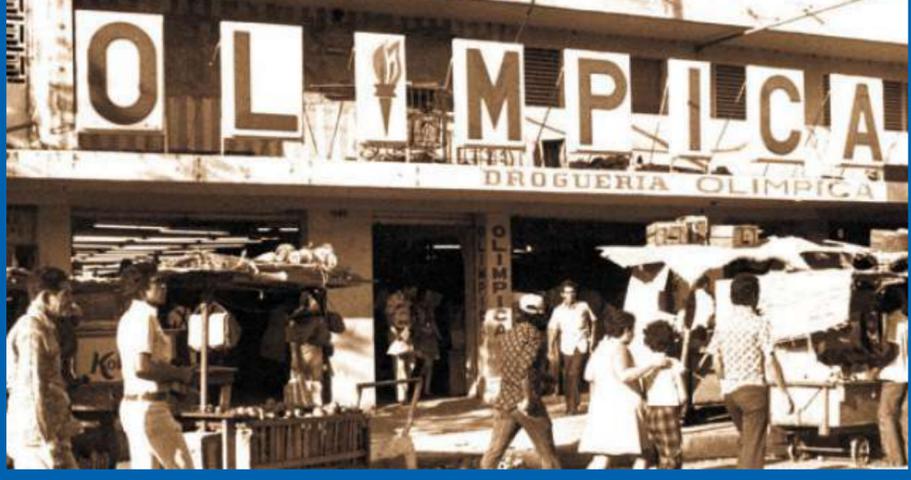
Por otra parte, el establecimiento de este grupo en la región fue muy difícil. Primero, porque les costó mucho trabajo el idioma español, y, segundo, por la discriminación de que fueron objeto desde la élite empresarial ya establecida en la región, y que estaba conformada, en su mayoría, por extranjeros. En todo caso, los árabes, que desembarcaron en grandes cantidades, mostraron ser muy duchos en las artes comerciales, y, por esa razón, fueron vistos como una amenaza mayúscula.

De manera que a estos nuevos migrantes se les restringió el acceso al comercio formal, por lo que les tocó lanzarse a la venta, puerta a puerta y a créditos, de telas y cordones. Uno de los estigmas que debieron superar era que falsificaban monedas y alteraban las pesas y medidas de referencia. La incorporación del verbo enyardar a la jerga costeña tiene que ver con ese estigma. Ocurrió que la medida preferida por ellos para vender sus telas no era el metro, sino la yarda, que tiene ocho centímetros menos. De esa manera, el adjetivo enyardado pasó a calificar a quien cree haber recibido una cantidad de algo, pero que, en realidad, recibe menos.

En el curso de las dos primeras décadas del siglo XX, pese a la resistencia local, los sirios, libaneses y palestinos se consolidaron en el ámbito comercial de la región. De hecho, ya ese momento controlaban algunos de los almacenes más grandes de la Costa. El lema que los inspiró desde el principio fue “trabajar duro” para ahorrar e invertir. Los animó la evidente prosperidad de Barranquilla, situación que había despegado a finales del siglo XIX y se mantuvo hasta las primeras décadas del siglo XX a partir de la conexión con Puerto Colombia. Así, muchos se consolidaron como confeccionistas e importadores de telas y de artículos de mercería. Y varios otros se inclinaron por la agricultura, la ganadería, la minería y el transporte fluvial.

Por el lado comercial, se destaca el holding Olímpica, hoy con presencia relevante no solo en variados formatos de venta, sino en la agroindustria de soporte, los medios de comunicación, asesorías, vigilancia y el deporte. Se trata de una historia que arrancó en agosto de 1924 con la llegada de Nicolás Char Zaslavy a Puerto Colombia. Venía de Damasco y se estableció inicialmente en Cereté, pero luego se mudó a Lorica (ambos municipios quedan en el departamento de Córdoba), donde montó una tienda.

Dos años después, se le unió su hermano Ricardo, con quien inició el comercio de joyas a través de la sociedad mercantil ‘Char Hermanos’. Luego Ricardo se mudó en 1952 a Barranquilla con su esposa Erlinda Abdala y los 7 hijos de ambos. Un año después, Char compró el ‘Almacén el Olímpico’, una botica de segundo piso ubicada en la esquina de la calle 30 con carrera 43, lo que significó el punto de partida del grupo empresarial Olímpica. Hoy este grupo es la cuarta compañía más grande de la Costa y la número 19 del país.



Otro comerciante destacado en la historia fue Elías Muvdi Chajuan (1884-1958) quien desembarcó en Puerto Colombia en 1899 proveniente de Beit Jala, Palestina. Llegó alentado por su hermano Salomón, quien vivía entre Salamina y El Piñón (Magdalena), pero retornó a Barranquilla en 1902 para iniciar una destacada vida comercial (compra y venta de mercaderías y productos importados desde Estados Unidos e Inglaterra) a partir de una primera colmena instalada en el mercado de Barranquilla. Uno de sus hijos, Elías Muvdi Ubufhele, nacido en Barranquilla en 1918, fue un destacado filólogo y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Era una verdadera autoridad en la materia, hasta el punto en que muchas de sus observaciones fueron tenidas en cuenta para modificar conceptos en el Diccionario de la Real Academia.

Y también aparecieron otras grandes operaciones comerciales asociadas a las familias Zurek, Yidi, Tarud, Esper y Fadul. El caso de Roberto Esper, nacido en Barranquilla, hijo del libanés Teófilo Esper, es muy especial: fue precursor del sistema de autoservicio en la ciudad a través de los Supermercados Robertico, que montó en 1950. También fue fundador de una cadena radial aún vigente, y del Diario La Libertad en 1979.

En la ganadería, por ejemplo, se resalta que al finalizar la década de los 60 del siglo pasado, 68.000 hectáreas de hatos en el departamento de Córdoba estaban en poder de un centenar de migrantes árabes. Estos ganaderos representaban el 5 por ciento del total de los empresarios del sector en la región y concentran el 13 % de los terrenos.

Con el paso del tiempo, ya con un gran reconocimiento social y empresarial, y dado que representaban, de todos modos, la más grande presencia migratoria en el país y en la región, empezaron a incursionar en la política. Apellidos como Name, Slebi y Tarud –junto con el sefardita Gerlein- fueron los más relevantes de la política barranquillera en gran parte de la segunda mitad del siglo XX.

Hacia finales de los años 90, ya el 11 por ciento de los congresistas nacionales tenían apellidos árabes, proporción que se ha mantenido. Atrás habían quedado las circunstancias de discriminación que le impidieron al bumangués Gabriel Turbay Abunader, hijo de inmigrantes palestinos, avanzar en sus propósitos de ser presidente de la República en 1946. Esa dinámica política también atrajo a los Esper, y luego a los Char; también a los Bendek, Escaff y Amín.

Es interesante destacar que luego de un siglo de integración, rechazo, adversidades, adaptaciones, migraciones dentro de otras: una generación de estos árabes busca reconectarse con sus raíces a través de la literatura. Surgen así figuras regionales como Jorge García Usta, Giovanni Quessep, Monique Facuseh, y Raúl Gómez Jattin, entre otros.

Capítulo especial merece la poetisa barranquillera más importante del siglo XX: Meira Delmar. Su nombre real era Olga Chams Eljach, y era hija del matrimonio entre los migrantes libaneses Juliam Chams e Isabel Eljach. Uno de los hermanos de Olga, William fue el creador de una cadena de almacenes con su nombre, y padre de William Chams Salum, gran promotor de boxeo y más conocido como ‘Billy’. Y, por supuesto, está el caso de la cantante Shakira, máxima estrella musical de Colombia en la historia reciente: su apellido, Mebarak, es libanés.

Otro caso notorio es el de la diseñadora de modas Amalín Escaf de Hazbún, nacida en San Marcos (Sucre), pero radicada en Barranquilla hace más de cuatro décadas. Ella es uno de los 12 hijos del matrimonio entre los inmigrantes libaneses José Escaf y Helena Escaf, que habían arribado a Puerto Colombia en 1930 y 1932, respectivamente. Cuando tenía 17 años, y ya estaba establecida en Barranquilla con sus padres y hermanos, se casó con el también hijo de inmigrantes libaneses, Miguel Hazbún. La hija mayor de ambos, Amalín, siguió los pasos de su madre, que hoy es reconocida con el apelativo de ‘La Aguja de Oro de Colombia’, y tiene ganado su lugar de privilegio en la historia de la moda en el país.

En términos generales, los árabes, como grupo migratorio, se integraron muy bien con la sociedad costeña en general, y con la barranquillera en particular. Eso ha permitido la manifestación de adaptaciones culinarias, la difusión de la cultura árabe casi como si fuera propia de nuestra región, y su interacción con la colombiana a través de clubes y organizaciones.

Entre esas expresiones se resaltan el Centro Juvenil Árabe, el Club Alhambra (1945), el Club Social Árabe (1959), el Club Campestre del Caribe (1964), la Unión Libanesa Cultural Mundial Barranquilla (1961), la Casa Libanesa (1982), el Centro Cultural Palestino (1988), el Colegio Colombo-Árabe (1989), el Centro Palestino Árabe del Club Campestre (1992), el Taller Palestina (1998), la Unión Colombo-Árabe (2001), la Fundación Cultural Colombo-Palestina (2001), la Fundación Cultural Encuentro Colombo-Árabe (2004) y la Cámara de Comercio Colombo-Árabe (2005).

En el caso del Club Alhambra, fundado el 20 de abril de 1945, tenía su sede en el barrio El Prado y presentaba una arquitectura orientalista. El club fue constituido por sirios, libaneses y palestinos. Más adelante, fue transformado en el Club Campestre del Caribe, que albergó en sus inicios, a unas mil familias árabes.